



VIDAS PECAMINOSAS CON MORALEJA

Su padre se llama Baldomero y es obrero agrícola eventual, con dos meses de trabajo y diez de vacaciones anuales; su madre res-

ponde por Juana y es analfabeta. Cuentan que, siendo mozos, tuvieron relaciones prematrimoniales en varias ocasiones y que su enlace oficial se celebró estando ella embarazada. Seis meses después tuvieron un hijo al que registraron fuera del plazo legal con el nombre de Cirilo y al que no bautizaron por no andar con llos de papeles. Cuando el niño tuvo tres meses no fue enviado a un Kindergarten y tampoco hizo a los siete la Primera Comunión. No cursó la Educación Básica ni el Bachillerato; un vecino me contó que tampoco fue Cirilo a la Universidad, pues sus padres prefirieron explotarle en trabajos

remunerados —con largueza, eso sí— por el señorito del lugar, que empleó al imberbe en el cuidado personal de sus botas de montar. Y así pasaron varios años hasta que, destinado a Cádiz, se incorpora al Ejército; tampoco aquí brilla Cirilo y ninguna estrella honra su uniforme cuando regresa a casa. Otra vez el señorito sale en su ayuda y de nuevo le encarga el aseo diario de su calzado. Cirilo es feliz así y en seguida cumple veintiocho años; a esta edad no se presenta como candidato a concejal y vive alejado de la política nacional. A los treinta tiene relaciones afrodisiacas con una moza garrida y, es-

tando ella embarazada, contraen matrimonio; el mismo día celebró Cirilo su bautismo, confirmación, comunión y esponsales. Seis meses después tuvo un hijo, al que llamó Baldomero y al que registró fuera de plazo; no lo bautizó por el lío de los papeles. Tampoco su vástago fue a un Kindergarten, ni tampoco, ni tampoco... Hoy nos llega la noticia de que Cirilo, con cuarenta y tres años, no figura en ninguna lista de Ministrables de Invierno. ¡Triste final! Triste y lógico, cuando la vida familiar no quiere guiarse por el Principio de Igualdad de Oportunidades. ■ VIRGINIO GULF.

LA COPLA POPULAR

Hemos de reconocer, que una de las coplas que más trabajo nos ha dado a los investigadores es la que reza: «Quiero que te pongas la mantilla blanca, quiero que te pongas la mantilla azul, quiero que te pongas la recolorada, quiero que te pongas la que sabes tú...».

¿Qué pretende el autor? ¿Por qué esa indecisión? ¿Intenta acaso que ella se ponga todas las mantillas una encima de otra? Esto último parece lo más lógico, pues si no, debería de haber dicho: «Quiero que te pongas la mantilla blanca, o bien puedes ponerte la mantilla azul, o si te parece ponte la recolorada...».

Pero otro problema se plantea, ¿qué se esconde tras ese misterioso «la que sabes tú...»? ¿Por qué no decir cómo es esta última mantilla?

Es posible que sea horrorosa y al letrista le avergüence nombrarla, aunque no creemos que pueda superar en cursilería a esa «recolorada», que debe de tener castañas. Puede ser también, que su dibujo sea asaz complicado y no pareciera oportuno decir por ejemplo: «Quiero que te pongas la que tiene los cuadritos verdes y rojos, con los bordados de cachemir». Claro que podía haber dicho: «Quiero que te pongas la que te regaló tu tía Enriqueta, o la que te traje el año pasado de Mariembad».

Muchos tratadistas ven un cierto matiz erótico en ese «la que sabes tú...» y algo de eso puede haber, ya que es sin duda la más importante, pues es la última y por tanto la que va encima de todas, aunque otros objetan que en este caso lo normal hubiera sido decir, «la que sabemos nosotros...», y encuentran en esa frase una nota de desprecio hacia la mantilla, indigna de ser siquiera mencionada, desprecio que algunos hacen extensivo a la destinataria de las mantillas, y no les falta cierta razón, pues parece un poco cruel, obligarla a llevar tantas mantillas, con el calor que hace en Canarias.

THE SERRY'S BOY

